6.

# ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA UNIVERSIDAD

DE OVIEDO,

EN 1.° DE OCTUBRE DE 1856,

POR


D. LUIS PEREZ MINGUEZ,

DOCTOR EN CIENCIAS Y CATEDRÁTICO DE AMPLIACION DE HISTORIA NATURAL EN LA MISMA.





OVIEDO:

Imp. y lit. de Brid, Regadera y c.

1856

## *Ilustrísimo Señor:*

Confundido y anonadado me siento al verme obligado á dirigiros la palabra en momentos tan solemnes, desde la cátedra que en otro tiempo ocupára la sabiduria. Mis labios al despegarse no pueden balbucear mas que palabras que demanden indulgencia, sin la cual imposible me seria proseguir. Todavia resuenan en mis oidos los dulces acentos de varones aventajados, que en épocas no muy lejanas, tanto nos han entretenido con su delicado lenguaje como ilustrado con sus vastos conocimientos. Me imagino por otra parte que los Argüelles, los Jovellanos, los Campomanes, los Torenos, los Feijóos y mil otros sabios, que tanto han contribuido á dar nombre á esta escuela, levantan la losa sepulcral al ver hoy profanada, por el mas ignorante de vuestros afiliados, la tribuna donde en otro tiempo se destacaban sus vene-

rables figuras. Mas, ¿qué digo? ¿Dónde está la profanacion? ¿Es por ventura la osadia temeraria ó la vanidad presuntuosa, ó tan solo el simple cumplimiento de un mandato superior el que me coloca en este sitio, al cual de ninguna manera hubiera ascendido si mis protestas de ignorancia é inesperiencia hubieran bastado para librarme del grave compromiso en que me veo? Recuerdo, Ilmo. Señor, que al encomendarme este trabajo os decia que no esperaseis de mi mas que algunas palabras, pocas ideas, ningun pensamiento nuevo. Entonces, demasiado benévolo, tal vez no me creisteis, y sin embargo os hablaba con la verdad, convencido, como ahora me hallo, de que árbol de superficiales raices nunca dió mas que algunas hojas, pocas flores, ningun fruto. Aun confiado en vuestra indulgencia que debe correr parejas con vuestra ilustracion, en la de mis dignísimos compañeros, y en la del respetable público que escucha, me veo, no obstante, confundido por segunda vez al querer presentaros una cuestion que sea digna de vosotros y acomodada á los esfuerzos mios.

¡Inútil trabajo pretender encontrar un asunto que no haya sido objeto de vuestra observacion y al que no hayais dirigido los esfuerzos de vuestra inteligencia! Una idea, empero, me ocurre que tal vez pueda salvarme, pues es noble por lo disenteresada é interesante por el objeto á que se dirige.

Muy pronto vamos á ocuparnos de nuevo en la cultura intelectual de esa juventud querida, sueño de

sus padres, esperanza de la patria y causa de nuestros desvelos. ¡Fertil y hermoso terreno por cierto! Pero indispensables son su preparacion y laboréo previos, si las semillas han de germinar, y si á su tiempo nos queremos ver coronados de los verdaderos frutos, que son el término de nuestras aspiraciones.

Mañana vais á comenzar estos trabajos, apreciables compañeros, con el tino y la prudencia que nadie os disputa. Mas un dia vale algo, y os suplico me dispenseis si, queriendo remover obstáculos, me adelanto hoy á vosotros al proponerme demostrar que: es inescusable y reprensible la poca fé en el porvenir, que ocasiona la indiferencia hácia el estudio en gran parte de nuestra juventud.

El hombre, Ilmo. Señor, como las sociedades todas y como todo ser orgánico, al recorrer la órbita de su vida, presenta tres fases tan distintas, que bien podrian considerarse como otras tantas verdaderas metamórfosis. El niño en poco se parece al jóven; y entre este y el anciano no existen muchos puntos de contacto. Si diferencia notamos en estos tres períodos de la vida en el hombre físico, mayor es todavia la que se observa en el hombre moral. Los del primero están marcados sucesivamente por la debilidad, el equilibrio y la decadencia. Los del segundo, por la cándida sencillez, el noble entusiasmo, y el desengaño desgarrador. Estos períodos ni se corresponden unos á otros, ni tienen una época deter-

minada, ni una duracion fija; y casi se puede asegurar que en el hombre moral no se suceden en el mismo órden relativo con que los hemos colocado. ¿Será que la naturaleza constante en sus leyes, haya querido establecer esta escepcion en pro ó en contra del género humano? No, Ilmo. Señor, la causa radica en el hombre mismo. Ser el mas estraordinario de la creacion, mezcla armónica de espíritu y materia, de angel y de bruto, capaz de modificar la forma y propiedades de las plantas y de los animales, eslo tambien de modificarse á sí propio; y con razon podemos asegurar que los epítetos, cultivado y doméstico, que se aplican á los primeros, son igualmente aplicables al segundo. De aqui resulta que dichos períodos se mezclarán, se confundirán y hasta se antepondrán los unos á los otros; y como los caracteres que les hemos asignado son la causa determinante de nuestros pensamientos y de nuestras operaciones, ocurrirá el caso en que por solo estas será muy dificil determinar la porcion de camino que el hombre ha recorrido en la azarosa carrera de la vida.

Permitid estas observaciones que tal vez nos darán esplicaciones de algunos hechos que luego analizaremos.

Dirije el niño sus pasos hácia el templo del saber, y vacilante por las espinas que desde el principio se le presentan, no tiene mas guia que las tiernas palabras del padre que le educa y los cariñosos conse-

jos de los maestros que le van á instruir. Trabaja únicamente por complacer á estos dos seres á quienes instintivamente ama y teme; y un halago, un juguete ó una distincion cualquiera entre sus compañeros, limitan el campo de sus aspiraciones. ¡Dichosa edad en la que la vida se va deslizando sin sentir y en la que los disgustos momentáneos componen el catálogo de los sufrimientos!

El niño, sin embargo, no está contento en esta edad, y aguijoneado por un impulso, cuya finalidad desconocemos, haria los mayores esfuerzos por romper la valla que le separa de la edad adulta. Esfuerzos impotentes, locos por temerarios, pero que un enemigo formidable, la Naturaleza, se encarga de secundar, y muy pronto mas de lo que él deseara y mas que le pese en lo sucesivo ve, sin saber como, conseguido lo que tanto apetecia.

¿Visteis, en medio de un campo, al brioso corcel que, rotas las ligaduras, con ojo centellante, crines erizadas y boca espumosa, rompe la carrera, rápido como el viento, pareciendo que le va á faltar tierra por donde correr, aire con que respirar? Vísteis al pequeño arroyuelo crecido con las aguas de la tempestad, transformarse en impetuoso torrente que con mugido aterrador arrastra tierras, árboles y puentes, y á cuya corriente rápida, parece que no hay diques que oponer, fuerzas con que resistir? Pues tal es el hombre que rompiendo las débiles ligaduras de la infancia, llega á la suspirada edad de la adolescencia,



Ardiente, impetuoso, ágil, activo, lleno de generosa emulacion y rebosando en vigor, tanto de cuerpo como de espíritu, ¿qué dificultades no podrá vencer? á qué empresas por grandiosas que sean no se podrá lanzar? qué objeto se ha de proponer que no pueda con el tiempo conseguir? Desde este momento empieza á distinguir los aromosos frutos que el árbol del saber ostenta en sus vástagos infinitos y que hasta ahora apenas habia podido vislumbrar. Vigoroso, le parece que es pequeño; y osado quisiera trepar hasta las últimas ramificaciones; pero bien pronto se convence de que es el corcel que se cansa ó se sofoca, ó el torrente que silencioso va á terminar en la mar. Contrariado, descansa un momento: pero la necesidad, el ejemplo de otros y el noble entusiasmo le dicen que, ya que no á todos, puede aspirar al menos á coger uno de estos frutos, y entonces, lleno de fé, comienza su carrera literaria.

¡Jóvenes escolares! los que, de entre vosotros os halleis en este caso, tened entendido que sin saber como, vais á pasar por una época crítica de la vida. Un nuevo mundo de ideas se va á desplegar á vuestra vista. Tal vez os sorprenda un aparato á que no estais acostumbrados y os ofusque el brillo del mundo de la verdad; mas no desmayeis; que si á primera vista os pareciere superior á vuestras fuerzas el peso que vais á colocar sobre vuestros hombros, teneis á vuestra disposicion el tiempo y el trabajo que son escelentes palancas para removerlo. Bebed

ansiosos en las fuentes de la ciencia, que ella os devolverá la fé si es que la perdisteis al tiempo de aproximar la copa del saber á vuestros labios. «Es verdad que no pueden arrancarse las espinas del camino de la ciencia sin ensangrentarse las manos. Mas ¡ay del que siembra si llegara á desesperarse á cada tempestad que tiene que sufrir!» (1)

Ya veo gozoso á esos jóvenes esforzados trepar por las escarpadas rocas del camino que se proponen recorrer, hollando con paso firme los abrojos que por do quier se les presentan. Me figuro que ya distinguen la tierra prometida, término de tantos desvelos. Mas ¡ay! que cuando ya estaban próximos á recoger el fruto de tantas vigilias, les veo, primero desfallecer y luego mirar con indiferencia el objeto que tantos suspiros les costara.

¿Qué fuego consumidor habrá secado la fuente cuyas aguas, al principio, tan rápidas se deslizaban? ¿Qué vértigo habrá modificado un corazon cuyos latidos, ahora tan lentos y antes tan rápidos, se sucedian? No nos cansemos en buscar la causa donde no la podremos encontrar. Es que el mismo hombre cultivado (y permitid esta palabra á un naturalista) es que el mismo hombre, repito, sin apercibirse ha producido el desequilibrio entre los diversos períodos de su existencia; y jóven de cuerpo pero anciano de espíritu, esperimenta los efectos del desengaño que está fuera de él, no de otra manera que un cuerpo

(1) Cesar Cantú.

se electriza cuando está sometido á la accion de otro previamente electrizado. ¡Dichoso de mi si, al intentar curaros, jóvenes escolares, en lo que resta de mi discurso, de esa especie de anemia literaria os pudiera tender una mano tan fuerte como lo es mi voluntad!

No puedo convencerme de que la causa de la indiferencia hácia el estudio, que se nota en gran parte de vosotros, sea otra que la poca fé del porvenir que os está reservado.

Mas decidme: ¿Las tiaras, los capelos, las mitras, las togas, las mucetas, las carteras, las fajas, los bastones y mil otras dignidades y categorias, que aunque no de tanto brillo, no por eso dejan de satisfacer cumplidamente las necesidades de la vida, están reservadas á la ignorancia ó son el premio legítimo del estudio? ¿Fue en algun tiempo empresa superior á las fuerzas de los hombres el aspirar á alguna de ellas, y fueron por lo tanto otros seres distintos de los hombres los que las obtuvieron? ¿Son por ventura, el vínculo esclusivo de alguna raza particular á que vosotros no pertenezcais? ¿Los Pios VI, Alejandro V, y Gregorios VII, que ocuparon los puestos mas elevados de la tierra, tuvieron, para elevarse, otros medios que los que estan en vuestras manos? Bien sé que como única contestacion me vais á decir que no siempre el mérito y si el influjo, alguna vez, los escalára. Los que de tal modo discurris teneis razon; pero observad que los que ignorantes se elevan, son dé–

biles enredaderas ó miserables parásitas cuya vida, á lo mas, durará tanto como la planta que las sostiene, ó bien edificios sin cimientos que un soplo destruirá y cuya ruina será tanto mas rápida cuanto mayor sea la altura á que ascendieran. La historia abunda en nombres que lo pueden comprobar.

Comprendo que el ver elevarse á un compañero ó amigo á quien iguales os creiais, será otra espina que se atravesará con frecuencia á vuestro paso; pero meted la mano en el pecho y continuad tranquilos en el camino que emprendisteis; pues muchas veces nuestro amor propio es una venda que nos impide ver con claridad lo que en nuestro rededor pasa. No os lastime ver que algunos con menos estudios que los vuestros atraen las miradas de la multitud, mientras al parecer nadie se acuerda de vosotros; pues la naturaleza en sus inescrutables designios, no creó dos cosas iguales, ni por consiguiente dos talentos iguales; y planta que raquítica se eleva en un terreno, tal vez con menos cuidado alcance en otro un vigor y lozanía inesperados. Observad, sin embargo, que no hay cordillera que no pueda atravesarse, ni pais por quebrado que sea que no puedan nivelar el tiempo y la constancia en el trabajo. Asi que no la envidia y si la noble emulacion sea el móvil de vuestras acciones.

Estoy convencido de que otro de los dardos que mas daño os hace y que mas disminuye vuestra fé, es el ver que concluida vuestra carrera y despues de

tantos trabajos y dispendios os encontrais con que nada sois, nada podeis; y pundonorosos sentís que en vez de ayudarles, sois todavia una de las cargas mas pesadas de vuestros padres. Yo bien quisiera que desde el dia siguiente al término de tantos desvelos entraseis en plena posesion del destino con que soñasteis; pero esto es muy dificil atendido el estado actual de la sociedad. Desde nuestros primeros padres, á los hombres de ayer les ha costado menos trabajo satisfacer sus necesidades que á los de hoy, y ¡ay de los hombres de mañana! Mientras los primeros se hallaron con una naturaleza virgen, los segundos tienen que disputar los frutos con sus semejantes; y cuenta que la humanidad aumenta de dia en dia y que fueron muchos los que nos precedieron. (1) Tened entendido que los estudios que haceis en estas escuelas no os aseguran la subsistencia, solo sirven para indicaros el camino por donde le habeis de buscar; y el que concluida su carrera literaria se pusiese á descansar y esperase que la fortuna se le entrare por las puertas de su casa, se pareceria al fanático labrador que fiando en la próvida naturaleza, la encomendase el cultivo de sus campos y esperase hallar en tiempo bien provistos sus graneros.

No os desalienten, sin embargo, tan amargas verdades; y si alguna fuerza tuvieran para vosotros las ideas de una cabeza en la que bullen las mismas ilu-

(1) No quiero ver el fin del mundo, ni decir que la humanidad vaya cada vez á peor, si no que cuanto mas avanza, mas estudios tiene que hacer si ha de satisfacer cumplidamente las necesidades que cada dia aumentan.

siones que en la vuestra, y de un corazon que late al compas del vuestro, me atreveria á deciros que en la fé y la constancia en el trabajo veo el áncora de vuestra salvacion.

No falta quien, no sé si con toda la rectitud de un corazon generoso, se esfuerza en asegurar y probar que los hombres de génio ó de grandes estudios han sido en todas épocas objeto de los tiros, por lo menos, de los gobernantes que, ora les han tomado como objeto de escarnio, ora les han sumido en lóbregos calabozos; y en último resultado si han querido ganar la subsistencia han tenido que ir á pedirla de nacion en nacion, de puerta en puerta. Como semejantes asertos os pudieran detener en el camino que voy trazando, permitidme os dirija con este motivo dos palabras. Ninguno de vosotros ignora que los alquimistas para librarse de las miradas suspicaces de los que les asediaban, tenian que trabajar en las mas hediondas cavernas: que Galileo encerrado en los, que os pintan, horribles calabozos de la inquisicion tuvo que desdecirse de lo que antes habia dicho, obligándole á confesar que no era cierto lo que él veia tan claro como la luz del mediodia: que Colon, despues de haber merecido el dictado de insensato en gran número de cortes de Europa, descubrió un nuevo mundo, y en pago tuvo que volver á España cargado de cadenas, á sincerarse de los cargos que se le hacian; y por último, por no prolongar demasiado este catálogo, que Cervantes, gloria de nuestra

patria, despues de escribir la obra que luego le habia de inmortalizar, no pudo conseguir siquiera los medios de mitigar algun tanto su asendereada existencia.

No es mi objeto ir analizando una por una las vidas de estos, que acaso llameis mártires del saber; pues no siendo este mi propósito, me alejaría demasiado del asunto que me he propuesto. Os diré, sin embargo, que desconfieis cuando, sin poderlo asegurar, se os tracen con colores muy sombríos los padecimientos de las figuras mas nobles que descuellan en la historia de la humanidad. La sirvieron demasiado bien para que ella, que es generosa, pudiera estar indiferente; y por el colorido que vosotros dais cuando referís las desgracias de vuestras familias, podeis calcular el que dará la familia universal cuando describa la de sus bienhechores.

Tened en cuenta que el sábio ó el hombre de genio nunca deja de ser un individuo particular sujeto á las leyes; y la sociedad tiene derecho de conocer en determinada esfera sobre sus tendencias políticas y sobre sus miras religiosas. Si creeis haber visto perseguida á la ciencia, es por que bajo su magnífico ropage se ocultaba un hombre, frágil como los demas y como todos miserable. Los que sentís las desgracias de la ciencia, enjugad las lágrimas que asoman á vuestros ojos cuando os describan, por ejemplo, los horribles calabozos en que Galileo yaciera sumido, pues ni sus padecimientos fueron tan terri-

bles como os los pintan, ni fue la ciencia la causa de tales persecuciones; y á no haberle ocurrido la idea de mezclarse en cuestiones religiosas hubiera continuado siendo objeto de los obsequios de Paulo V y de los cardenales, que en último resultado le dieron por calabozo la villa de Arcetri y sus inmediaciones. Lastimaría vuestra ilustracion si me propusiera probar este aserto despues de haber sido tan aclarado en estos últimos años.

No os estrañen estas palabras en boca de un Naturalista, pues la pasion no me quita el conocimiento. Ni empañe mi aliento el brillo que circunda á tan colosal figura, pues tratando de estimular á esta envidiable juventud, solo he querido darla á conocer que no serian muy grandes los peligros que la amenazan en caso de algun notable descubrimiento. Yo siento que haya hombres que, adelantándose al siglo en que nacieron, tengan el dolor de bajar al sepulcro sin ser entendidos por aquellos en cuyo obsequio trabajaron: pero me halaga la idea de que la humanidad, en último término, no se equivoca en sus fallos. Los ignorados ó perseguidos por los que nos precedieron reciben hoy nuestras ofrendas en sus urnas funerarias. Si humildemente murieron, hoy colocamos sus cenizas en suntuosos monumentos, y agradecidos vamos á tributarles el homenage que se conquistaran. Y por último, si en algun tiempo hubo magnates que se opusieron á la propagacion de las luces, tal vez por temor de que las suyas se eclipsaran, hoy hay

Reinas que están dispuestas á descender del sólio para colocar la corona de laurel sobre la cabeza encanecida en el estudio y la virtud.

Sin duda habreis oido repetidas veces que el vicio es un compañero frecuente de la ciencia, y que la virtud se guarece bajo el manto de la ignorancia ó por lo menos de la sencillez. Si tal aserto fuera una verdad, sellaria mis labios y sentiria en el alma haber emitido las ideas que habeis escuchado, pues entre dos estremos prefiriera á ciegas, para mi patria, la ingénua y sencilla ignorancia á una ciencia inmoral y revoltosa. Mas no me arrepiento. Tal dicho debe tener su origen en la negra envidia ó en la mas degradante ignorancia. ¿Sin el conocimiento de la moral podemos, por ventura, distinguir el vicio de la virtud? ¿Hay quien ignore que la posesion de las ideas religiosas, elevando nuestro espíritu hasta los cielos, le recuerda su divino origen, y separándole del fango de las pasiones viles le ofrecen la celestial recompensa en pago de sus sacrificios en esta vida? ¿No sabeis que los Agustinos, los Gerónimos y los Basilios, columnas de la Iglesia primitiva y firmamento de la religion cristiana, eran los hombres mas sabios de su siglo? ¿Adulteró la ciencia las almas de Milton, de Camoens, Newton y de un Sócrates que con su ejemplo demostró que la ignorancia es el origen de todos nuestros vicios, al paso que la ciencia lo es de todas las virtudes? ¿No concluyeron con su gloria los Tiberios, los Caligulas y los Domi-

nicianos furiosos contra toda clase de saber, preparando con la barbarie y la ignorancia los funestos triunfos de los Gensóricos y de los Atilas? Es verdad que el polvo de las bibliotecas y el mísero ropaje del sabio que estudia en su retrete y examina la naturaleza al aire libre ó en sus laboratorios, no deslumbrará al vulgo tanto como las refulgentes preseas que adornan á los conquistadores y á los tronos de los príncipes. Mas, ¡cuántas estátuas, cuántos nombres de reyes, y cuántos tronos hechos pedazos, yacen sumidos en el panteon del olvido, mientras las obras de Homero, de Platón y de Hipócrates, parecidas al fenix de la fábula, resucitan despues de mas de mil años esparciendo por todas partes salud, cultura, talento y gloria!

Colocados en medio del borrascoso mar de la política, acaso os preocupen demasiado los efectos de sus imponentes oleages, que agitando á las naciones en vortiginoso remolino, elevan hasta el cielo á los que se deslizaban en las simas mas profundas, y estrellan en el fondo á los que antes seguros se creian. Mas, ¡á qué tempestad no sucedió la calma! Las espumas levantadas, bien lo sabeis, pronto se disipan; y en cuanto á las margaritas, ya lo eran antes de haber sido desprendidas de las rocas á que se agarraran. El pulimento no cambió su naturaleza, no hizo mas que poner al descubierto el brillo que oculto poseian. Bien sabeis, pues desde muy jóvenes lo aprendisteis, que las ruinas del mundo desplomado

cogerian impávido al hombre justo y constante en su propósito. (1) Por otra parte si preguntais á la historia el objeto de estas sociedades que conmoviendo *ab immis* la sociedad, parecen aniquilarla por completo, os contestará en sus páginas de oro que acaso sean los resortes ocultos de que se vale la Providencia para acelerar la obra de perfeccion en que el hombre lenta y penosamente trabaja. Eslabones transitorios de esa cadena contínua que se llama humanidad dejamos, sin apercibirnos, en este movimiento de traslacion á que estamos sometidos una huella por donde mas facilmente puedan atravesar los que en este camino nos han de suceder. Polipos microscópicos levantamos no obstante, sin saber cómo, inmensas moles que luego formarán en medio de los mares, hermosas islas que sirvan de puerto de refugio á los navegantes.

Acaso noteis en este destino una especie de fatalidad; y precisamente sobre esto quisiera dirigiros dos palabras.

Ocurre con frecuencia el que algunos sin apercibiros de ello, aun contra vuestra voluntad y acaso por estar demasiado imbuidos sin saberlo en un adagio vulgar (cuya infalibilidad es la misma que la que tienen todas las obras de los hombres) creeis que un ente ideal á quien llamais fortuna, especie de ángel custodio, se encarga de velar sobre algunos individuos llevándolos, como por ensalmo, á un puerto

(1) Horat od, 3.ª lib. 3.º

seguro de salvacion. Verdadero Mongolfier, le haceis elevar del punto que mejor os parece, y los que en él van conducidos no tienen mas que bajar la cabeza, cruzarse de brazos, y asi colocados, no os estraña suban mas altos que las estrellas. Y sin embargo á ninguno de vosotros se le ocurre el que haya un efecto sin causa, como no concebís la luz sin un cuerpo luminoso, y la armonía y grandiosidad del Universo sin la existencia de un Dios que lo creara. Es verdad que el Hacedor tiene conciencia previa de las causas de nuestras operaciones, mas esto no quita de ninguna manera la libertad á ninguno de nuestros actos, y si bien el Omnipotente en sus juicios incomprensibles, llama á algunas personas á determinados fines, tambien debemos decir con San Agustin: «Asi como confesamos que hay un solo y verdadero Dios, asi tambien confesamos su voluntad, suma potestad y presciencia. Pero no por eso creemos que hacemos con no voluntad lo que con voluntad hacemos, porque sabía ya que lo habiamos de hacer aquel cuya presciencia es infalible.» (1)

Tales son en conjunto, Ilmo. Señor, los principales obstáculos que se ponen delante de *esa juventud envidiable, para retardar sus pasos;* obstáculos que ella misma se crea y que con un simple soplo puede al momento destruir, gozando en recompensa de tan sencillo trabajo los premios ofrecidos al estudio.

Mas, ¿son por ventura las recompensas que antes

(1) San Agustin Civ. div. Lib 5.° cap 9.

prometiamos los únicos galardones de estos trabajos? ¡Ay! si el estudio moderado es el mejor atemperante para el cuerpo, es tambien unido á la oracion el único medicamento del alma. «Los dias que tan parecidos son para el desgraciado y tan uniformes para el indolente, ofrecen al hombre que se dedica al estudio épocas las mas variadas. Unas veces encuentra la solucion de un problema que le ha ocupado largo tiempo; otras veces una obra desconocida les enseña un descubrimiento interesante. En fin sus dias se cuentan por el número de placeres, y el carácter que distingue á esta clase de goces consiste en que la existencia de unos arrastra inevitablemente la de otros.» Por otra parte, «no poniendo el puro amor del estudio en relacion con la voluntad de los demas hombres ¿qué clase de dolor podrá hacer esperimentar?» (1)

¡Cuantas veces hastiados de todo, hasta de nosotros mismos, cansados del tiempo que nunca volverá deseamos que en ódio á la claridad del dia sobrevengan las tinieblas de la noche, é inútiles para nosotros somos incómodos á los demás, y sin embargo el remedio que cura el fastidio está en nuestras manos! ¡Cuántas veces el dolor inherente á las miserias humanas consume nuestras fuerzas, y apáticos vemos con indiferencia, y acaso con disgusto, todo lo que en nuestro rededor pasa; y no advertimos que el estudio, como ha dicho un filósofo, es el único alivio del dolor. (2) Bien sé que desterrados en este valle de lá-

1 Mad. Haes.
2 Plin jun lib. 8.

grimas no tendremos un contento cumplido en nuestra vida; pero tambien sé qué algunos filósofos exaltados con los goces del estudio han llegado á imaginarse que el conocimiento de las maravillas del mundo suministraba placeres análogos á los que debieron esperimentar en el paraiso nuestros primeros padres. Y en efecto el que cada dia descubre una nueva verdad, comprendiendo al menos lo que la Providencia ha abandonado al ingenio humano, parece que, espiritualizando su ser, se anticipa á gozar de las delicias eternas. Contemplad por un momento á los Arquímedes, Sócrates, Platónes, Demócritos, Pitágoras, Linnéos y les vereis que, mientras unos, desafiando á los elementos van á recorrer lejanas tierras en busca de verdades, otros esplican la inmortalidad del alma sin reparar que la cicuta que beben es el puñal que los asesina, y algunos por fin, trazando curvas sobre la arena ni aun siquiera se aperciben del pillage á que está entregada su querida patria. Unas veces les vereis como locos, gritando por las calles entusiasmados por algun notable descubrimiento, y otras, no siendo ellos capaces de encontrar palabras que espresen todo el júbilo de su alma, esclaman con David «O Jehová *¡Quam ampla sunt opera tua! quam sapienter ea fecisti! quam plena est terra possesione tua!*

¡Hacedor de todo lo creado! yo tambien me atrevo á elevar á ti mis votos de reconocimiento, pues al inspirarme en algunos momentos la aficion al es-

tudio has proporcionado los dias mas felices de mi vida. Yo bendigo una y mil veces al Ser que me inspirára aficion á una ciencia que en todas partes, aun en medio de la soledad, proporciona amigos que no engañan y con los cuales, sin hablar palabra, se puede agradablemente conversar. Yo bendigo á la ciencia que suministrára á Rouseau, juguete de sí mismo, un remedio contra las crueles quimeras que sin cesar le rodeaban, dándole materia para escribir las cartas admirables que hubieran bastado para asegurar su gloria. Por último, yo bendigo una ciencia que acomodándose á todas las edades al paso que ofrece á la niñez un recreo útil para el desarrollo de sus fuerzas, será para el anciano que la cultivó en otro tiempo, origen de los mas dulces recuerdos, mitigará sus pesares y le hará olvidarse de sus miserias. ¡Ah! no puedo menos de entusiasmarme al contemplar al respetable autor de la Flora Atlántica, Mr. Desfontaines, quien, despues de perdida la vista, se hacía conducir á donde tenia el herbario enriquecido con su cuidado con mil flores diversas, y al tocarlas con su mano temblorosa todavia las distinguia, bendiciendo en seguida la ciencia que despues de haber embellecido sus primeros años tenia todavia consuelos para su vejez y sus dias de sufrimiento.

Dispensad, Ilmo. Señor, si me he separado de mi objeto al pagar este pequeño tributo á la ciencia á quien tanto debo y de la que ya no os volveré á hablar.

No me pregunteis que ciencia satisface al espíritu mas que ninguna otra, por que sobre no ser mi objeto dar á la una la preferencia sobre las demas, tal vez al contestaros, ó parcial os engañára ó exacto no os pudiera responder. Fragmentos de un todo que el Hacedor creára continuo y que el hombre ha separado por la pequeñez de sus fuerzas, reconocen un mismo origen y tienden hácia un mismo fin; y nosotros que nos quedamos anonadados ante la magnitud del conjunto nos podemos considerar con fuerzas para arrostrar con alguna de sus partes.

No faltará de entre vosotros, escolares, alguno á quien, al oir á los padres y á los maestros las escitaciones que os dirigen de contínuo hácia el estudio, se le haya ocurrido el que bajo el manto de tan sólido interes se oculte alguna idea de sórdido egoismo. Mis palabras en este asunto os parecerian parciales por interesadas, y por lo tanto quisiera dejar hablar al sabio de los siglos.

Salomon, al indicar las ventajas de la ciencia sobre la ignorancia, os dirige estas significativas palabras que no quisiera se os borrasen de la memoria. *Si sapiens fueris, tibimetipsi eris; si autem illusor, solus portabis malum.* Si fueres sabio, para ti mismo lo seras; mas si burlador, tu solo llevaras el mal. (1) Es verdad que en otra parte os dice que «el hijo sabio alegra al padre.» (2) Y ¿os pesará por

(1) Prov. cap. 9 v. 12.

(2) Parábolas de Sal., cap. x, v. 1.

ventura el recompensar tan mezquinamente al ser á quien despues de Dios debeis la existencia? á aquel á quien tantos desembolsos y cuidados ha costado vuestra educacion? Advertid que obrando de otro modo vais á ser, segun el mismo á continuacion dice, causa de la tristeza de vuestra madre.

En cuanto á los maestros pocas palabras tengo que deciros. No os pese esa especie de tutela que á algunos, si bien los menos, os parece imsoportable. Es cierto que tienen interes en vuestra aplicacion y en vuestros adelantos; pero este interes es el del jardinero que con esmero cultiva una planta cuyos fragantes aromas no ha de percibir y en cuyas matizadas flores no ha de recrear su vista. Acostumbrados á mirarles con ojeriza desde niños, no reparais que su origen es el mismo que el vuestro, que pronto, muy pronto vosotros mismos les sustituireis en este destino, y que al tenderos la mano para levantaros del fango de la ignorancia no aspiran á otra cosa que á vuestra felicidad.

En efecto, ¿qué seria del hombre en el globo si despreciando el estudio que le enriquece con los tesoros de la verdad, cerrase los ojos de la razon ante los magníficos fenómenos del universo, que constituyen su herencia y poderio? ¿Qué sucederia si, rindiendo el cuello al afrentoso yugo de la ignorancia se dejase dominar de sus errores, de sus desvaríos y de su necia credulidad? ¡Ah! yaciendo en perpétua ignorancia al lado de los demas seres irracionales,

encenagándose en sus torpes apetitos y no pensando mas que en satisfacer sus vergonzosos anhelos, seria indigno de la vida y le sorprenderia la muerte sin haber merecido conocer las magníficas obras de la creacion.

Separemos con horror la vista de tan repugnante cuadro, y tengamos presente que al depararnos la naturaleza esta frente erguida, estas manos industriosas y este cerebro predominante, nos quiso entronizar sobre los demas seres que humildes habian de obedecer nuestros mandatos. Canten en buen hora las imaginaciones acaloradas el bienestar y las delicias del idiota y del hombre salvaje, mientras nosotros nos damos el parabien por gustar de los frutos sazonados por la ciencia, en vez de los leñosos y ásperos de los árboles silvestres. Celebren ya que no otra cosa la perspicacia de su vista, la firmeza de su oido y la rapidez en la carrera; que en cambio nosotros, mas robustos por estar sustentados con alimentos preparados con aseo, protegidos por impenetrables techumbres y guarecidos con nuestros trages de la crudeza del frio y de los rayos abrasadores del sol, podemos aventajarles si hacemos uso del anteojo, de la trompetilla acústica y del adiestrado caballo, dignos presentes del estudio conquistador. Ensalcen la sencillez de los que, segun algunos, representan el estado primitivo de la humanidad; que nosotros preferimos vivir en medio de los Fenelones, los Cervantes, los Newtons, les Cuvier á estar rodeados de estúpidos

Iroqueses y de degradados Bosquismanes. Y cuidado que está lejos de nosotros la intencion de rebajar á aquel á quien el infortunio postra hasta el estremo de negar toda instruccion, pues creemos que sobre no tener ningun hombre el derecho de humillar á sus semejantes, tampoco es accion propia de pechos nobles el clavar el puñal en el pecho del desvalido.

Antes de concluir quisiera poneros en relieve los destrozos de una enfermedad cuyos síntomas al principio se desprecian y cuyos resultados no pueden ser mas funestos. Quiero hablaros del escesivo amor propio que cual yedra al principio inofensiva llega á cubrirnos en último resultado con su follage oprimiéndonos el corazon. No estoy bien seguro si toma su origen en los muchos conocimientos ó en la falta de ellos; pero puedo asegurar que si es lo primero, tan reprensible es el escesivo saber como la ignorancia mas supina. Los verdaderos sabios han ocultado siempre su saber bajo el mas humilde ropage; y el que sin fuerzas considerables quiso elevarse á grandes alturas, siempre cayó desplomado. El que se humilla, Dios le ensalza; y si demasiado confiados en vosotros mismos aspirais á grandes empresas, advertid que estais espuestos á que os suceda lo que al cardo, de que os habla la escritura, (1) que, al ir á pedir por esposa para su hijo á la hija del Cedro del Libano, le pisaron las bestias que por alli pasaban. Tened entendido que no hay cosa mas insufrible que la igno-

(1) Lib 4 de los reyes cap. 14 v.° 9.

rancia, y que vale mas, como dice Salomon, encontrarse con una osa á quien han robado sus cachorros, que con un necio confiado en su necedad. (1)

Tales son, Ilmo. Señor, las ventajas del saber y los inconvenientes de la ignorancia. Mientras el primero satisface las necesidades del cuerpo y las del alma, la segunda haciéndonos insufrible á nosotros mismos nos hace odiosos á los demás; y al paso que el estudio hace olvidar la parte material de nuetro cuerpo, elevándonos en cierta manera á la region de los espíritus, la falta de aplicacion, embotando ó dejando por lo menos inactivas las facultades del alma nos aproxima paso á paso á los demas seres irracionales.

Y esta juventud, ardiente, agil, activa, permanecerá insensible ante el cuadro que acabamos de bosquejar? No; que llena de generosa emulacion la vemos que aspira, por medio de la noble lucha, á conseguir los sencillos laureles que desde el principio de su carrera se la presentan.

Jovenes escogidos, hijos predilectos de esta escuela, que muy pronto vais á recibir de mano de su digno gefe á nombre de la España reconocida, el sencillo, pero elocuente galardon de vuestros esfuerzos en el curso próximo pasado, yo os contemplo en medio

Parab. de la Sal. cap. XVII v.° 12.

de vuestras vigilias, afanosos por pertrecharos de armas para luchar con vuestros dignos compañeros. Yo comprendo los desvelos y las angustias que habeis pasado hasta el momento de conseguir esta victoria. Mas decidme ¿el premio que hoy se os ofrece no compensa vuestros sufrimientos? ¿No dais por bien empleados los pequeños disgustos que os han proporcionado este momento de los mas preciosos de vuestra vida? ¡Ah! seguro estoy de que será afirmativa vuestra contestacion. No dudo, ni un instante, en asegurar que interpreto fielmente vuestros sentimientos. Mi corazon late con violencia émulo de vuestra felicidad en esta vida. Id á hacer partícipe á vuestra familia de tanta ventura. Corred seguros de que ese presente sencillo que vais á recibir será á los ojos de vuestros padres el lenitivo mas precioso para mitigar los afanes que les cuesta vuestra instruccion en las escuelas, y el primer blason que presentarán á los ojos del mundo para acreditar vuestra nobleza. Buscad, os pido, á vuestros compañeros y pintadles si podeis el sabor de estos primeros frutos del estudio.

No os alucine, sin embargo, vuestra dicha. Advertid que colocados en el primer peldaño de la escala que conduce al templo de la gloria, no avanzar es retroceder; pararse, es esponerse á las pisadas de la multitud. Nada temo; sois españoles y proseguireis en la senda del honor y la virtud trazada por nuestros padres.

HE DICHO.

# DISCURSO INAUGURAL

EN LA APERTURA

# DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA.